

RESPUESTA AL DISCURSO ANTERIOR

Por JOSÉ MANUEL MARROQUÍN

En la Real Academia Española es cosa de regla que, en actos semejantes al que estamos celebrando, el director, o algún académico comisionado por él, pronuncie un discurso que sirva de contestación al del individuo que por primera vez ocupa su silla en el instituto. Lo numeroso de los académicos y otras favorables circunstancias hacen fácil en la Academia madre el cumplimiento de aquel deber. No sucede lo mismo aquí donde los académicos somos pocos, y donde cada uno se ve de continuo acosado por atenciones que muy poco tienen que ver con el cultivo de las letras.

No hay que extrañar por tanto que a un discurso sustancioso, profundo y erudito como el del señor Carrasquilla, no se pueda dar otra contestación que la que por fuerza me he encargado de darle, la que de ninguna manera podrá servir para ilustrar más el asunto del discurso que acabamos de oír, ni otro asunto ninguno, sino para cumplir con una obligación de cortesía y para demostrar respeto a los usos establecidos.

Si por una parte me es penoso ver que esta corporación no se halla bien representada en la actual solemnidad, por otra me es sobre toda ponderación satisfactorio el que me haya tocado dar la bienvenida al señor Carrasquilla. Para todos los individuos de la Academia su ingreso en la corporación es motivo de regocijo por las prendas que lo distinguen; para todos, pero singularmente para mí, porque la naturaleza de esas mismas prendas y el nombre que lleva hacen que se nos figure ver otra vez entre nosotros a un compañero amadísimo a quien no hace mucho tiempo separó de nosotros lo único que podía separarlo.

La Academia dispuso que la recepción del señor Carrasquilla se efectuara en esta fecha, considerando que un acto que tan grato había de ser para la misma corporación y para sus amigos, era el más propio para solemnizar el aniversario de la fundación de Bogotá y el de su propia fundación.

*
* *

Buscando yo documentos para escribir la biografía de don José Manuel Restrepo, di en el archivo de este nuestro ilustre historiador con un diario que él llevaba en 1817, cuando andaba viajando fuera de Colombia. En ese diario dice el señor Restrepo que en los Estados Unidos se encontró con don Antonio del Castillo, que había ido allá a tratar de hacer imprimir las obras de su tía, la madre Francisca, y añade, como compadecido del candor de su paisano, que qué cosa digna de ver la luz pública y de ser impresa en los Estados Unidos podía haber compuesto una monja tunjana del siglo XVII.

Esta observación del señor Restrepo nos parece hoy injusta, pero debemos confesar que en lugar suyo nosotros también la habríamos hecho.

Es ciertamente maravilloso que en aquel siglo, y en una población del Nuevo Reino, en que nada era favorable al cultivo de las letras, se haya compuesto un libro tal como los *Sentimientos espirituales*, y haya habido, no ya un autor, sino una autora; y no ya una autora adoctrinada por maestros, por libros muchos y varios y por el trato con el mundo, sino una autora encerrada desde sus primeros años en un claustro, capaz de producir obras de las cuales pueda decirse lo que acaba de decir nuestro nuevo colega; lo que de ellas han dicho literatos y humanistas como don Miguel Tobar, que afirma le asombran tantas bellezas como halla en los escritos de la madre Castillo, así de erudición sagrada y profana como de doctrina, conceptos elevados y dicción pura, elegante y aún poética; como el señor Groot, que en su *Historia eclesiástica y civil* juzga que la monja tunjana honra con sus producciones la literatura nacional; como Vergara y Vergara, que la apellida el "escritor más notable que tenemos"; como el grande arzobispo Mosquera, para quien los escritos de aquella religiosa "están llenos del buen olor de la virtud y endulzan las amarguras de la cruz"; como el señor Menéndez y Pelayo, que califica a la madre Francisca de "émula de santa Teresa".

Crece la maravilla que produce la aparición de aquellas obras, si se contempla cuál era el estado de la literatura en el Nuevo Reino en la época en que fueron compuestas. De unos de los escritores de entonces, como Alvarez del Castillo, Angulo y Velasco, Hernando de Ospina, fray Alonso de la Cruz y el doctor Luis Brochero, no conocemos sino los nombres, y la oscuridad en que yacen sus escritos hacen patente la escasez de su mérito. Otros, como fray Pedro Simón, Rodríguez Freile y el obispo Piedrahita, compusieron obras que hoy apreciamos por su valor histórico, pero que literariamente consideradas no pueden compararse con las de la madre Francisca; y las restantes de las escritas en el siglo XVII no dan a sus autores más honra que la que puede resultarles de que de ellos digamos que sus defectos están excusados por la época en que se escribieron.

Dado caso que nuestra escritora hubiera tenido maestros de quienes aprender, ejemplos que seguir y modelos que imitar, todo ello no le hubiera servido sino para extraviarse: en aquel tiempo reinaba el mal gusto como señor absoluto; los autores se esforzaban por hacer pruebas de su ingenio, o diré mejor, de su ingeniosidad, y no por mover los ánimos hablando a la sensibilidad y a la imaginación de los lectores. Los alambicamientos, los retruécanos, las antítesis y paradojas violentas, el prurito de ostentar erudición y de traer a cuento la fábula mitológica, todo lo que constituye el culteranismo y el gongorismo, era lo que privaba en aquella época. Pudiéramos discurrir que la madre Castillo no había visto nada de eso, pero consta que leyó comedias, y es probable que no todas las que hubo a las manos fueran del mejor gusto; y bastante bien lo prueban los versos que compuso.

Compuso versos, en efecto, y sobre ellos quiero hacer algunas observaciones.

Sea la primera, y sirva para excusar a nuestra autora de los cargos que yo mismo le haré más adelante, la de que los asuntos sobre que compuso versos, lo pocos que fueron los que hizo y no se qué que creo descubrir en ellos, me hacen patente que la discreta monja no abrigaba pretensiones ni pensaba en que sus poesías habían de ser conocidas.

Lo más de lo que escribió en verso está en romances. En este género de metrificación muestra una habilidad que ciertamente no mostraron sus contemporáneos granadinos ni aún los versificadores que escribieron aquí cien años después que ella.

En el romance hay cierta manera de cerrar los períodos con gentileza y con rotundidad, de que han dado ejemplo Góngora y otros maestros consumados, y en seguir este ejemplo es a mi ver en lo que principalmente consiste el arte de hacer buenos romances. La madre Francisca había, sin saberlo ella misma, sorprendido este secreto, y así es que siempre termina gallardamente sus períodos, sin buscar palabras o ideas por necesidad métrica. En cuanto a buen oído, puedo asegurar que si en algún verso de la madre Francisca hay sílaba que sobre o falte, esto se debe al copista, pues no es posible suponer que quien hace cien versos perfectos incurra en un yerro como el de tomar por verso lo que no lo sea.

En materia de rima sabía la madre Francisca cuanto hay que saber, y no cayó en ninguna de las faltas en que siempre incurren los versificadores adocenados; y con ser americana, mostró que sabía distinguir un diptongo de la combinación de vocales que forma dos sílabas.

En dos o tres composiciones acometió la empresa de formar estrofas con versos de dos y hasta tres medidas diferentes, y aún la de hacer paronomasias, si bien parece no haber comprendido bien el artificio de éstas, pues a veces tomó por paronomásticas dos palabras en que la vocal acentuada es una misma.

Con lo que acabo de decir basta para que se advierta que nuestra monja, escribiendo en verso, no se preservó como cuando lo hacía en prosa, de los defectos que en su tiempo eran comunes.

El candor con que se producía en verso rayaba en simplicidad; gustaba de la estudiada simetría en las frases, como lo dejó ver en estos versos:

Sus virtudes reverencia,
sus esplendores ensalza.
.....
Siempre su bondad publica,
siempre su grandeza alaba.

Juega del vocablo, diciendo, v. gr., en una composición a la Virgen:

Por quien los perdidos logran
ocasión de que se ganen.

Se vale de reminiscencias mitológicas, como cuando en unas endechas a la muerte de Cristo dice a unas ninfas de los campos y de las ondas:

De mi bello Narciso,
gloria de nuestro albergue,
las dos divinas lumbres
cerró temprana muerte.

Hállanse también en las composiciones poéticas de la madre Francisca algunos gongorismos, como el de llamar al Santísimo Sacramento

fuego en que el alma se abrasa,
hidrópica de su incendio,

y el de decirle al mismo:

Por sustentarme echaste
el sello de tu amor en una oblea.

Estas extravagancias, extravagancias son; pero son extravagancias en que no incurren sino los grandes talentos. Para mí sería preferible perderme en compañía de los que *son capaces* de cometerlas, a ganarme en compañía de aquellos poetas (si lo son) correctos y estériles, que se ajustan siempre a lo que dictan el buen sentido, la lógica, la retórica y la gramática, y que no dan asidero a la crítica, pero que no producen un solo verso de aquellos que todo el mundo sabe de memoria.

Había yo apuntado antes de entrar en esta divagación sobre los versos de nuestra escritora, que ni el país ni la época habían podido contribuir a que ella recibiese la educación necesaria que hay que suponer siempre en quien compone obras dignas del aprecio de la posteridad.

Si, pues, la excelencia de las obras de que estoy tratando no puede explicarse por circunstancias que favorecieran a su autora, no cabe más que una de dos explicaciones: o la inspiración divina, que en sentir de muchos explica las sobrehumanas perfecciones del libro de la *Imitación de Cristo*, o el conocimiento y frecuente manejo de los de la sagrada escritura.

Plausible es la primera de estas explicaciones, pero nada se opone a que admitamos la segunda: si la madre Francisca debió una completa educación literaria al estudio de los libros santos, no ha sido el primer autor que, sin recibir otra educación, ha inmortalizado su nombre.

*
* *

No faltará quien extrañe el que en un acto como el presente, y como para exhibir un título que justifique su elección, el señor Carrasquilla haya discurrido sobre un asunto no desemejante de aquellos sobre que diserta en la cátedra sagrada. Pero entre los que experi-

menten tal extrañeza no se hallará ninguno que haya considerado lo que es la mística por el punto de vista estético, o sea como asunto de trabajos literarios.

Místicos son los asuntos de varios de los libros sagrados, tales como los Salmos y el Cántico de los Cánticos, fuentes eternas de belleza y de poesía, modelos que, no pudiendo ser nunca bien imitados, van de edad en edad atrayendo y levantando más y más a cuantos pugnan por hallar la perfecta expresión de lo bello por medio de la palabra. Místicos son los asuntos de aquellas obras inmortales en que una santa Teresa de Jesús, un fray Luis de Granada, un fray Luis de León, un san Juan de la Cruz, enseñaron a declarar afectos íntimos y desconocidos para el común de los hombres, a sondear el alma en sus más recónditas profundidades, y a manejar el habla castellana haciéndola capaz de pintar lo más alto, lo más hondo y lo más metafísico de la materia y del mundo, se abstrae y se eleva en ascética contemplación.

Gran tesoro es ciertamente el que poseemos poseyendo las obras de nuestros místicos; y tanto más debemos engraciarlos con su posesión, cuanto nuestros místicos son los primeros en el mundo. En efecto, si las literaturas extranjeras aventajan a las nuestras en otros géneros, ni una sola hay que pueda competir con la española en cuanto a mística; y decir esto es decir mucho, porque la literatura francesa encierra los escritos de un san Francisco de Sales.

De inestimable valor es asimismo la moderna literatura sagrada que se cultiva en Francia; pero toda ella puede mirarse como un esfuerzo feliz hecho para vulgarizar la doctrina de nuestros místicos.

Parodiando un dicho atrevido y blasfematorio, pero expresivo, diré que si la mística no existiera, quien la inventara sería el más grande de los inventores. Sé que entre los aficionados a las letras hay no pocos que, lejos de estimar en algo las que a ellos les parecerán abstracciones y sutilezas de los ascéticos, y lejos de admitir que el amor de Dios pueda transformar las almas y excitar y mantener afectos que el mundo juzga contrarios a la naturaleza, y por tanto artificiales y quiméricos, apenas admiten o abiertamente niegan la posibilidad de las relaciones entre Dios y la criatura inteligente.

Como algunos de éstos me han de oír, para ellos, y sólo para ellos, hago la suposición de que la vida espiritual o el ascetismo no sea sino un cúmulo de alucinaciones. Admito por un instante que en lo que sienten y en lo que explican los que tratan de recorrer el camino de la perfección cristiana, no haya nada tan humano, tan real y tan innato como los afectos que ligan unas almas con otras. Pero no se podrá negar que nada engrandecería y honraría tanto a la razón humana como el haberse creado ella misma objetos en qué ejercitarse, más altos y más profundos que los que se le ofrecen por medio de los sentidos, y que nada puede dar mejor idea de la nobleza de un corazón que el consumirse en afectos más generosos que los que tienen por fin mediato o inmediato la propia satisfacción, el amor de sí mismo.

En efecto, en lo íntimo de quien ama a una criatura se halla siempre un principio de interés, puesto que el que ama asegura que en su amor consiste su felicidad, y que el dejar de amar o de ser amado constituye su última y suprema desdicha. Y cuando el que ama se sacrifica por el que es amado, da la medida de la estimación que hace de su propia felicidad.

Algunos han dado la vida por la patria, pero todos por la patria propia, por un todo de que ellos mismos son parte; puede decirse que han hecho el sacrificio a su propia gloria, a su propia grandeza, a su propia libertad; y sólo Dios sabe si entre los agentes que han impulsado a algunos personajes célebres a consumir aquel sacrificio, no se ha debido contar el odio al enemigo.

El que aspira a la perfección cristiana nada quiere ni busca para sí mismo, está dispuesto a renunciar a toda satisfacción propia por la gloria de aquel a quien ama y porque se haga su voluntad y no otra alguna; y el combate riguroso y perenne de la vida espiritual tiene por objeto perfeccionar esa noble disposición. Por aprender a desasirse de sí mismo y a aborrecer lo que halaga los sentidos y la naturaleza, es por lo que el asceta batalla consigo mismo y por lo que, con las maceraciones de la carne y con la renuncia de los placeres lícitos, trata de domar y de pisotear con los pies del espíritu lo que él llama la bestia.

Talvez juzga el mundo que por los senderos de la santidad se va en busca de glorias y de deleites más exquisitos que los que la vida mortal puede ofrecernos; pero el mundo se engaña: todos los que profesamos la ley de Cristo esperamos ciertamente una recompensa sobrenatural y eterna; mas hay que hacer distinción entre los fieles que vivimos en el torbellino del mundo, aplicados cuando más a cumplir en lo muy preciso los preceptos de nuestra ley y cayendo con harta mayor frecuencia que el justo, que sólo cae siete veces por día, y las almas escogidas que se aplican al cumplimiento riguroso de los consejos evangélicos. Los primeros desfalleceríamos si nouviésemos a la vista los premios eternos, y nos convertiríamos en paganos, adoradores de cuanto halaga nuestras pasiones, si no temiésemos los eternos castigos. Pero los segundos le dicen a Dios, y se lo dicen de todo corazón:

Aunque no hubiera cielo yo te amara,
y aunque no hubiera infierno te temiera.

El camino de la perfección cristiana es el único en que el hombre puede adelantar indefinidamente mediante su voluntad y sin auxilio de fuerzas humanas extrañas; y tanto le es dado adelantar en él al que ejerce el apostolado viendo el martirio al fin de su carrera; al que se hace admirar y colmar de bendiciones, por la práctica de la caridad; al que derrama luz y arrebatada los ánimos en la cátedra sagrada, como al que en la concavidad de una peña, en una humilde celda o en la oscuridad, mayor que todas, de una de las ínfimas condiciones sociales, sólo tiene a Dios por testigo de sus labores, de sus combates y de sus victorias.

El ser señor de sí mismo es lo que más puede enaltecer al hombre; no hay condición más despreciada y lastimosa que la del que tiene dueño; nada nos ofende tanto como el que nos califiquen de serviles para con quien puede o sabe más que nosotros.

Ahora bien, no hay posesión de sí mismo comparable con aquella de que goza el hombre cuando escoge el objeto de su amor, cerrándoles deliberadamente las puertas del corazón a los demás que lo solicitan; eso es lo sublime del señorío que el hombre puede ejercer, eso es ser libre. Y si aquel objeto fuera creación del mismo que ama, esa libertad sería la más gloriosa.

El mundo admira y aplaude los actos de abnegación heroica, pero con su misma admiración y su mismo aplauso les está ofreciendo el galardón. ¿Y quién podrá asegurar que hay entre la gente mundana quien ejecute uno de esos actos sin hacer caso de tal recompensa? Únicamente el que ha alcanzado un grado altísimo en la perfección cristiana es capaz de consumir acciones heroicas sabiendo que han de permanecer ocultas.

Sólo el alma entregada al amor divino lucha con ventaja contra el dolor y la adversidad. Como cierta fabulosa heroína, no trata de anonadar a su enemigo ni se acobarda al hacerle cara, pero sin combatir lo rinde. El filósofo estoico pugna por persuadirse de que el dolor es nada, pero el esfuerzo que hace para transformarlo en una quimera está patentizando que es realidad. El asceta no niega la realidad del dolor, pero lo transforma en bien. La vida es una campaña: en el último combate el pagano estoico no puede negar el triunfo de su adversario, pues éste queda en pie cuando él abandona el campo de la lucha; el asceta triunfa con quererlo, porque su triunfo consiste en que el fin del combate lo hallé peleando con buen ánimo.

El mundo no deja de reconocer el mérito de toda victoria del hombre sobre sí mismo: por eso alaba y a veces diviniza el valor y el espíritu de sacrificio; pero, mostrándose inconsecuente, ni admira ni siquiera comprende las victorias de los héroes del amor de Dios, victorias que, por lo mismo que son las más oscuras, son las más gloriosas.

Los hombres superficiales no ven sino el abatimiento aparente y la oscuridad en que yacen los que aspiran a la perfección cristiana, y su dictamen será opuesto al mío; pero yo apelo al juicio, no ya de los buenos creyentes y de las almas piadosas, sino de todos los que, profesando cualesquiera creencias, son capaces de conocer y de estimar lo noble, lo generoso, lo moralmente bello. Estos declararán que no hay nada que a un cultivador de las letras pueda ofrecer asuntos más dignos, más sublimes ni más bellos que los que ofrece la mística.

He estado discurrendo en la suposición de que cuanto hay en la mística es un conjunto de alucinaciones, y ahora haré observar que, si de una cosa ficticia o quimérica puede afirmarse lo que he afirmado, de lo que conforme a la fe cristiana es cosa verdadera y real, todavía pudiera decirse mucho más.

*

* *

No hay prueba tan concluyente de lo trabajosa y lenta que es entre nosotros la marcha de la literatura, como la de que hasta hoy se haya hecho tan poco caso de las obras de la madre Francisca Castillo. Más de sesenta años hace que se imprimió uno de sus libros y pronto hará medio siglo que el otro vio la luz pública, y el primer estudio que de ellos se hace es el que el señor Carrasquilla acaba de leernos. Cuando Vergara y Vergara estampó en un libro, que yo esperaba tuviese, como en efecto ha tenido, gran circulación, aquella frase aparentemente tan atrevida: *la madre Castillo es el más notable de nuestros escritores*, yo temí que contra él se levantara una tempestad de censuras y aún de burlas; pero mi temor resultó infundado: nunca he sabido que ni el amor propio de los escritores, ni la curiosidad, ni el interés por nuestras glorias patrias, ni el prurito que a veces nos aqueja de despojar a nuestra nación de las pocas con que puede envanecerse, haya impulsado antes de hoy a algún compatriota nuestro a procurarse las obras de que estoy tratando, para averiguar, examinándolas, si Vergara y Vergara anduvo acertado en su juicio, o antes bien ligero y apasionado en su modo de juzgar a la religiosa tunjana.

Religiosa tunjana he hecho, y aquí debo detenerme un poco a justificar la aseveración que esas palabras encierran. El ser cuna de la madre Francisca es harto honroso para una ciudad, y hay dos que pudieran disputarse esa honra. Vergara y Vergara y el señor don José Caicedo Rojas han afirmado en ciertos escritos que la madre Castillo nació en Santafé; otros aseguran que nació en Tunja. De buena gana abrazaría yo la opinión de los primeros para no ver privada de aquella gloria a mi ciudad natal, pero por desgracia me siento forzado a pensar como los últimos. La inscripción que se halla al pie de un antiguo retrato de la religiosa nos informa de que nació en 1671 en la ciudad de Tunja. En una hoja encuadernada con el manuscrito original de sus obras se halla la propia noticia, y que sea tunjana ha sido tradición constante entre la familia Castillo.

Satisfactorio es que uno de nuestros colegas, y en ocasión tan solemne como la presente, haya exhibido el primer estudio sobre los escritos de la madre Francisca; y más lo es el que tal estudio sea tan magistral como acabamos de verlo; pero el señor Carrasquilla no ha considerado aquellos escritos sino por un punto de vista, y falta contemplarlos por otros. Mucho habría que decir sobre el estilo de su autora, estilo más flúido y dulce que el de santa Teresa; mucho sobre su lenguaje, en el que se descubren bellezas que sólo pueden deberse a aquella imitación involuntaria de los clásicos que a nadie sino a los talentos de primer orden es dado hacer, y al mismo tiempo ciertos provincialismos y ciertos defectos que no dejan duda sobre el origen granadino de la autora.

Curioso sería también investigar por qué el estilo de los *Sentimientos espirituales* es superior al de la *Vida de la madre Francisca*, escrita por ella misma; y más curioso todavía, y aún verdaderamente interesante, un trabajo en que se comparasen las obras de la madre

Castillo con las de santa Teresa, san Juan de la Cruz y santo Tomás de Aquino.

Los dos primeros, a semejanza de un maestro que explica la gramática o la oratoria produciéndose con elocuencia y corrección, esto es, practicando lo que enseña al tiempo de enseñarlo, y enseñándolo con practicarlo, de la expresión viva de sus afectos y de las aspiraciones con que se elevan a Dios, forman un tratado de mística que contiene toda la doctrina científica propia de esta parte de la teología, santa Teresa y san Juan de la Cruz lo hacen sujetándose al escribir a un plan preconcebido, mientras que la madre Castillo escribe para desahogar sus afectos a medida que los va experimentando, y no los explica de otra manera que como los siente.

Lo escrito por santo Tomás sobre la mística es rigurosamente didáctico: él enseña mística como enseña filosofía. El también aprendió la mística al pie del crucifijo; pero al explicarla no ora, ni arde en afectos, ni gime por sus imperfecciones.

Ojalá que aquellos de nuestros hombres de letras que para el caso son competentes, hagan nuevos estudios críticos sobre la madre Francisca. A hacerlos deben sentirse movidos por la lectura del de nuestro nuevo colega. De este y de los demás que se hagan, espero que resulte la confirmación de aquel dictamen de Vergara y Vergara de que la madre Castillo es el más notable de nuestros escritores